

## SERMON

### DE SAN FRANCISCO DE ASIS.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Vidi angelum habentem signum Dei vivi.*

Vi un ángel que tenía la señal del Dios vivo.

*Apocal. c. 7. v. 2.*

Entre la multitud de ángeles que rodean el trono del Altísimo, vió san Juan uno en su Apocalipsis, que se distinguía entre los demás por su maravillosa semejanza con Dios vivo. Su gloria no oscurece la de otros bienaventurados. Pero este signo misterioso que tenía grabado es un privilegio que le caracteriza y le distingue; es un astro, que por su esplendor mas luminoso difiere de los otros. El amado discípulo percibe, según los intérpretes, que lleva el signo de la cruz para grabarlo sobre la frente de todos los electos. Esta gran vision, señores, que san Juan percibió en el cielo, la hemos visto también en cierto modo repetida sobre la tierra; es decir, un hombre mortal, sobre cuya carne inocente se dignó Jesucristo grabar sus signos de Salvador.

Por solo este privilegio bien podeis conocer hablo de mi seráfico padre san Francisco de Asís, uno de los mayores héroes de la religion, hombre extraordinario, suscitado por Dios, animado de su espíritu y dotado de su fortaleza; un perfecto discípulo del Evangelio, que hizo consistir su opulencia en la pobreza, su gloria en la humillacion, su consuelo en los sufrimientos; un hombre prodigioso, que oscureció por su sabiduría la gloria y arrogancia de los filósofos; comparable por su celo á los apóstoles, por su constancia á los mártires, por sus milagros á los Taumaturgos; á los Paulos y Arsenios por su austera penitencia; un hombre en fin singular, viva imágen

del Crucificado sobre la tierra. Privilegio admirable, concedido únicamente á Francisco, este llagado serafín, que ha sido y será siempre la admiracion de los siglos y la confusion de los sabios y prudentes según la carne. Estos hombres vanos é inconsecuentes, que alaban en Crátes y en Zenon el desprecio de las riquezas, le vituperan en Francisco y sus discípulos, que hacen profesion de la pobreza. Insensatos! ¿Por qué no admirais los gloriosos sucesos de los discípulos formados en la escuela de Jesucristo? Ah! Estos sucesos que justifican el Evangelio, condenan al mismo tiempo vuestras morosas y mordaces censuras.

En efecto, por mas que refineis vuestra crítica, ¿cómo podreis ocultar que este frondoso árbol de la religion de san Francisco, á pesar de su pobreza y desnudez, ha extendido sus ramas hasta las extremidades de la tierra, como las mas bien dotadas religiones? ¿Cómo podreis negar, que saliendo Francisco de Italia para huir del aplauso de los pueblos, le sigue este honor y veneracion hasta en el imperio y corte de Mahomet, donde al paso que otros son perseguidos, es él admirado? ¿Cómo podreis oscurecer el mérito y la gloria de Francisco, inmolado á la penitencia, abrasado por el fuego de la caridad y crucificado por el cielo mismo? ¿Quién osará pues contradecir el prodigioso establecimiento de su orden y la austeridad de su vida? En aquel pues debemos admirar los rápidos sucesos y gloriosas conquistas del Evangelio, y en esta sus santos rigores. En dos palabras: Jesucristo, retratado en Francisco, nos descubre la sabiduría de su Evangelio, primera reflexion. Jesucristo, retratado en Francisco, nos manifiesta la austeridad de su Evangelio, segunda reflexion. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla con el ángel del Señor. *Ave María.*

Si reflexionamos brevemente sobre las máximas de la santa Escritura, descubriremos con facilidad la causa que los mundanos tienen para admirar la santidad de un hombre de Dios, inspirado y conducido por su divina sabiduría. Sus vias son del todo contrarias á las que siguen los prudentes según la carne para obtener honores y riquezas. ¿Qué mucho pues admiren á un hombre extraordinario, que se eleva á tanta gloria por sen-

das tan opuestas á las suyas? Como la Sabiduría eterna para cumplimiento de sus designios abunda de tantos recursos que los sabios del siglo desconocen, no es de extrañar que deseando ellos justificar sus culpables solicitudes, sus proyectos de ambicion y la vanidad de su política, admiren á un varon singular, sublimado por el Señor al mas alto grado de honor y gloria por medio de la pobreza voluntaria, de la humillacion y sufrimientos. Por la ignorancia de estas máximas del Evangelio miraron los gentiles con desprecio á los apóstoles y discípulos del Señor, mirándolos y tratándolos como á fanáticos, ilusos y visionarios. La oscuridad de su nacimiento, su pobreza, su desnudez, sus ocupaciones rústicas, comparadas con las de la academia y el liceo, en que se ejercitaban sus héroes, los vastos conocimientos de su política, todo conspiraba en su imaginacion á mirarlos como ineptos para la grande empresa de la conquista del mundo. El hombre, decian, para la ejecucion de sus proyectos necesita riquezas, fuerza, gran política y sublimidad de ingenio. Así piensan los prudentes segun la carne.

Mas cuando Dios se ha propuesto formar grandes establecimientos, le ha bastado su omnipotente voluntad. Su política, para manifestar que es obra suya, ha tomado sendas encontradas á las del siglo. Ha elegido á los débiles para confundir á los fuertes. Para echar por tierra al soberbio Goliath, terror y oprobio de Israel, elige al jóven pastor David, sin mas armas que su honda y cinco piedras; para cortar la cabeza á Holofernes y triunfar de los asirios, elige el brazo débil de Judit, y para prostrar el paganismo elige doce hombres sin letras, sin armas y sin recursos humanos. Ellos en efecto establecieron rápidamente la religion de Jesucristo sobre las ruinas de la idolatría, y el augusto signo de nuestra redencion se admiró exaltado en breve sobre la cabeza de los mas poderosos monarcas; porque el Señor tiene revelado que para la ejecucion de sus obras confundirá la sabiduría de los sabios, y reprobará la prudencia de los prudentes.

Bajo este mismo plan, como se explica un célebre orador; bajo esta norma, tomada del Evangelio, aparece establecida la orden de san Francisco. Su fundamento es la pobreza de Jesucristo; sobre esta asciende al mas alto grado de gloria, por la humillacion de Jesucristo, y triunfa de todos los obstáculos por el poder de Jesucristo. Reflexionemos.

Nada mas despreciable en el concepto de los falsos sabios del siglo que la pobreza evangélica. Bien léjos de mirarla como uno de los fundamentos sólidos de la grandeza de la doctrina de Jesucristo, la tienen en el mas alto desprecio; y la misma fortuna corren la virtud, los talentos y la nobleza que se ocultan bajo sus libreas. La pobreza hace despreciable de ordinario el mérito mas brillante; al paso que la opulencia colma de alabanzas al mas corto. De aquí este incienso de adulacion ofrecido á los ricos, y esta multitud de sabios indigentes mirados con desprecio. De aquí los oráculos de estos falsos políticos, que pretenden ser tenidos por las firmes columnas del estado; que miran como fondos propios de la república los recursos de la divina Providencia para sus altos designios; y que despues de haber censurado las órdenes dotadas, satirizan con mordacidad á las que nada poseen, y que solo tienen la pobreza voluntaria por único patrimonio.

Para imponer silencio y refutar las falsas máximas de estos enemigos de la religion, basta presentarles el cuadro de la orden de Francisco. Él por sí manifiesta que la sabiduría misma que trazó á los apóstoles el plan para la extension del cristianismo, inspiró á nuestro padre la pobreza voluntaria, que ha sido en todos tiempos el precioso ornamento de su orden. ¿Y de dónde sino del Evangelio sacó Francisco este gran principio de la perfeccion cristiana? Oid, políticos presuntuosos. Jesucristo dijo á sus apóstoles, *no poseais oro ni plata*: lo mismo dice Francisco á sus hijos; y sobre este fundamento de la pobreza voluntaria se extiende maravillosamente su orden en casi todos los reinos, imperios y provincias de la tierra habitada, á imitacion en cierto modo de la religion cristiana. Como su establecimiento, por mas que deliren los falsos políticos, era obra de Dios, se dignó el Señor prepararla y sostenerla sobre bases sólidas para dar á Italia, y aun al mundo entero, un nuevo apóstol.

Apénas oye este la voz de Dios, que le indica la senda de perfeccion que debe seguir, obedece con la prontitud y fidelidad de los Samueles, de los Saulos y de otro Leví, sin que la opulencia de su casa ni su juventud le impidiesen abandonarlo todo, hasta renunciar de su misma ropa y de su padre por abrazar la pobreza evangélica; y hé aquí los primeros trofeos que la erige. Desde este momento pone Francisco en vos, ó

Padre celestial! toda su confianza, y triunfa con vuestro auxilio bien presto de todos los obstáculos que se oponían al establecimiento de su orden. La sabiduría carnal, la política humana y la herejía se le oponen desde luego como irreconciliables enemigos. Mas en vano los falsos sabios desaprueban su proyecto; en vano anuncian los políticos y prudentes del siglo que esta orden será una carga perjudicial é insoportable á la república; en vano los herejes proclaman por ridículo semejante establecimiento. Pero por mas que todos se rebelen contra Francisco, bien presto manifestará el Señor que es obra suya la que impugnan, y los hará humillarse en su presencia. Así triunfa la perfeccion del Evangelio de la prudencia del siglo.

Para formar justa idea del prodigio de este establecimiento, arrojad por un momento la vista sobre la faz del universo en aquel tiempo, únicamente comparable á la que presenta en el nuestro. El respeto humano, este fantasma de la sabiduría y política del siglo, como se explica un sabio, solo producía desertores de la virtud, y el gusto de los placeres sensuales habia borrado en las almas hasta la idea del pan del Evangelio. La herejía, triunfante á la sombra del libertinaje, atraía los fieles al error por el aliciente de la independencía. En esta infeliz época aparece Francisco y levanta el estandarte de la pobreza, asocia discípulos y establece su orden. ¡Qué obstáculos no se le presentan! Pero todos ellos ceden á su celo. El cielo mismo habla para disipar las aprensiones de Inocencio III; los servicios importantes que debe hacer Francisco á la Iglesia, la grandeza de sus órdenes, el templo lateranense inclinado á su ruina, que mandaba Dios reparase este pobre despreciado, son otras tantas maravillas reveladas al sumo pontífice, que le anuncian los designios de la divina Providencia sobre su iglesia, y los gloriosos sucesos de la orden de Francisco.

Á vista de estos prodigios los temores de la prudencia humana desaparecen; todo cede á la voz del cielo, que autoriza el proyecto de Francisco; su regla es aprobada por el vicario de Jesucristo, y confirmada por el concilio lateranense. ¡Qué brillantes sucesos no ocurren aquí á mi pobre imaginacion! Sobre los fundamentos de esta pobreza voluntaria veo establecerse el orden de Francisco, y extenderse con prodigiosa rapidez. Estos nuevos apóstoles se multiplican maravillosamente. Por manera que no hay reino, imperio ni provincia donde no

tengan hospicio; y esto tan á los principios, que aun ántes de la muerte del santo patriarca concurrieron mas de cinco mil religiosos al capítulo de Porciúncula. Los establecimientos mundanos han padecido en todos tiempos sus vicisitudes y decaencias; pero el orden de Francisco ha ido cada dia en aumento; pues aunque la inmoralidad y falsa política de algunos impíos y de sus infernales satélites pusieron en obra su exterminio con el de las demas religiones; este corto intervalo solo ha servido de aumentar su reputacion entre los pueblos, y de acreditar que es la sabiduría del Evangelio la que le hace subsistir sobre el fundamento de la santa pobreza, y la que le eleva al mas alto grado de gloria por medio de las humillaciones.

La gloria en efecto sigue de cerca, segun el Evangelio, á las humillaciones del justo, porque de ellas mismas salen los rasgos mas luminosos de grandeza, de honor y de poder. Por mas que los mundanos, á imitacion de los marcionistas, desacrediten la humildad de Francisco y de sus hijos, Dios la hace brillar sobre toda la gloria, orgullo y pompa del siglo. Si consideramos la elevacion de un mundano, la hallamos caracterizada con las mas vergonzosas humillaciones, al paso que la oscuridad del justo nos manifiesta á veces los rasgos mas honoríficos que le distinguen. La historia de Jesucristo y la de Francisco nos presentan una mezcla de humillaciones y de gloria. Francisco humillado nos representa á Jesucristo sublimado á su mayor exaltacion en cuanto hombre, en recompensa de sus humillaciones. El desprecio que hacia de sí mismo, juzgándose por el mayor de los pecadores, fué la base sólida de sus victorias y trofeos. La profunda humildad con que se creyó indigno del sacerdocio le elevó á un sublime grado de reputacion y de gloria en la balanza del Señor, que prometió exaltar á los que se humillen bajo su mano poderosa. En una palabra, la gloria de Francisco fué la que promete el Evangelio en recompensa de la humildad.

Esta pasó asimismo á sus tres órdenes, y por consiguiente la gloria y reputacion que son anejas á las humillaciones, al desprecio del mundo y de sí mismos. Nada se percibe en ellas que manifieste las pompas, vanidades y usos del siglo. Sin embargo se admiran generalmente elevadas al mas alto grado de estimacion entre las gentes sensatas y que piensan con religion. ¡Avergonzáos, mundanos! Vosotros gemis bajo el tirano imperio de una falsa reputacion, al paso que los humildes hijos de

Francisco gozan de una gloria sólida y permanente. Ah! yo he visto mas de una vez, dice un sabio, cumplido en vosotros el terrible oráculo del Espíritu santo contra los ricos ambiciosos. He visto detenida, ó por mejor decir, frustrada de un golpe la brillante carrera de vuestra caprichosa é inconstante fortuna; he visto deshechos todos vuestros proyectos; trastornados los trofeos que habiais erigido á vuestra vanidad; confiscados vuestros bienes, sin empleo, sin amigos, y cubiertos de ignominia en la senda misma por donde caminabais á la reputacion y á la gloria. Yo he visto revoluciones que han trastornado los tronos mas firmes, que han hecho pedazos los cetros mas robustos en las manos mismas de los conquistadores.

No así en órden á los hijos de Francisco. Estos pobres voluntarios, desprendidos de riquezas, é insensibles á los honores, viven satisfechos y contentos, despreciando las grandezas y magnificencia del siglo. Aun cuando viven en las ciudades mas opulentas y en la corte misma de los reyes, manifiestan su espíritu de pobreza y de humildad, como si habitaran en las mas retiradas y tristes soledades. Mas á pesar de esta conducta, ¡qué sólida reputacion y gloria la de los hijos de Francisco en medio de las humillaciones que el Evangelio y su regla les prescribe! ¡Que no pueda yo detenerme á numerar los grandes hombres que han dado estas órdenes á la iglesia y al estado! ¡qué de sabios á las universidades y república de las letras! ¡qué de pontífices, cardenales, obispos, escritores y estadistas! ¡qué de mártires y santos á los altares! Sola su numeracion me llevaria muy léjos, haciéndome exceder los estrechos límites de una oración. Frutos dignos de su humildad, desprecio de lo terreno, y negacion de sí mismos; y consecuencia legítima del poder irresistible del Evangelio.

¡Qué maravillosos sucesos nos presenta aquí la potencia de Jesucristo, retratada en Francisco de Asís! En los establecimientos de su órden ¿quién no admira esta pobreza opulenta, para decirlo así, que imitanto á los ricos en sus empresas, se les aventaja á veces? ¡Qué es ver á un pobre de solemnidad reparar las ruinas del templo de san Damian con los miserables restos de su antiguo edificio! ¡Pero qué mucho si Francisco obra á expensas del poder de Dios y de su providencia? Así pudo concluir en breve tres nuevas iglesias: glorioso trofeo que erige al poder divino, piedra angular de sus edificios y en-

tubo firmísimo de sus tres órdenes: privilegio singular que el Señor le concedió con maravillosa extension, como á imagen suya. Aquí multiplica los panes como Jesucristo en el desierto; allí resucita muertos; aquí da vista á los ciegos; allí cura los enfermos; aquí desata los grillos y libra prisioneros; allí manda á los vientos, y hace cesar las mas violentas tempestades: milagros obrados muchas veces, dice san Buenaventura; milagros aprobados por los sumos pontífices, y reverenciados por los mas ilustres personajes de la iglesia y del estado; milagros en fin que nos representan el poder de Dios por la magnificencia, prontitud y perfeccion que los caracterizan.

Sabios del mundo, políticos y estadistas, prudentes segun la carne, que solo contais con los recursos humanos, ¿qué pensais de este pobre mendicante? ¿Compararéis á Francisco con Crátes y otros antiguos filósofos, que menospreciaron las riquezas por orgullo? ¿Cuáles son, os ruego, los prodigios que los ricos y grandes del siglo ofrecen de ordinario á nuestros ojos? ¿Son por ventura la incredulidad, la vanidad, la dureza de corazon y la prodigalidad los trofeos que los ennoblecen? ¿Ó si será su vida mole, sensual y lúbrica, efecto digno del poder que Dios les ha dado? Ah! cómo nos hacen entrever que de parte del Señor les amenaza un prodigio de venganza por haber abusado del poder y de los dones que les ha concedido, sin querer reconocer que solo serán exaltados los humildes, los pobres de espíritu, los que atesoran para Dios, los que en él solo ponen su confianza, los mansos de corazon y sufridos en las humillaciones; porque todos estos van conducidos por la sabiduría del Evangelio que adoptó Francisco, igualmente que su severidad: segunda parte de su elogio, que paso á exponeros con la brevedad posible.

El Evangelio, señores, prescribe ciertas austeridades y rigores. Manda mortificar los sentidos para que el hombre viva crucificado é inmolado á Jesucristo. El penitente austero y que mortifica su carne en obsequio de la ley, imita toda la severidad del Evangelio, la cual es suave y dulce para el que ama, como san Agustin se explica. Tal fué Francisco de Asís, nuestro padre, que á distincion de los demas héroes de la religion, logró la prerogativa de ver retratada en su cuerpo la crucifixion de Jesucristo, y de haber sido honrado con este género singular de martirio. No permita Dios pretenda yo minorar la gloria

del Apóstol de las gentes, que solo se gloriaba en la cruz del Salvador, que estaba crucificado al mundo, y que solo vivía en Jesucristo; pero no temo en esta parte poner al lado de san Pablo á Francisco de Asís, que no fué ménos penitente, ménos paciente en sus tribulaciones, ni ménos conforme al Crucificado. Los sufrimientos con que el cielo le probó le hicieron la mas perfecta copia del Calvario. Son pues dignos de admiracion los rasgos singulares que caracterizan á este héroe de la religion.

En todas partes practica la austeridad y santos rigores que Jesucristo prescribió en su Evangelio, ó que practicó para nuestro bien y enseñanza. En el desierto imitó su ayuno, y sobre el monte Alverna recibió en su cuerpo las llagas que por nuestro amor habia el Salvador recibido sobre el Calvario. La memoria de estas continuas austeridades, de estos rigurosos ayunos, de este nuevo Calvario, ¿no nos muestra á Jesucristo retratado en Francisco con toda la severidad de su Evangelio? « No esperéis, dice un orador, una perfecta descripcion de los rigores que ejecutó Francisco sobre su inocente cuerpo; ni que refiera todos los lugares que santificó con sus ayunos, viglias y mortificaciones; ni que os muestre los teatros de sus austeridades y maceraciones de su carne. Baste decir que el tiempo de su penitencia casi igualó al de sus días, y que ella destruyó en él, para decirlo así, una gran víctima de la severidad del Evangelio. » Estos santos rigores inmolaron á Francisco cuando apenas habia salido de la primavera de sus años, para confusion de los mundanos, que á veces, segun el oráculo del Espíritu santo, no dimidian la carrera de sus días en castigo de sus iniquidades. Como deseaba el martirio con tan vivas ansias, le concedió el Señor que fuese víctima de la penitencia sobre su inocente carne. Bajo este carácter le admiró siempre el mundo; pues como de ordinario se abstiene de la penitencia por sus culpas, no tiene la menor idea de las penitencias de precaucion; sin considerar que estas austeridades tan recomendadas en el Evangelio son las que cooperando á la gracia, conservan la inocencia de los justos.

Esta severidad, señores, me parece os hace desmayar. ¿Sabéis porqué? Porque ignorais que las legiones formidables del infierno solo huyen vergonzosamente de los que hallan prevenidos con la oracion, el ayuno y la mortificacion de los senti-

dos, aplicando al carro de su triunfo á los que encuentran pacíficos en una vida cómoda, delicada y divertida. Vosotros mirais con tedio la severidad del Evangelio, porque afectais ignorar que solo ella es capaz de conservar la inocencia, que irremisiblemente se pierde en la vida sensual y deliciosa. No perdais pues, os ruego, de vista á Francisco, que aflige su carne inocente, para no verse obligado á castigarla como culpable. Él marcha descalzo y ceñido con un duro cilicio por largos y espinosos caminos; duerme sobre la tierra desnuda despues de sus trabajos apostólicos, derramando tiernas y copiosas lágrimas, con el ardiente deseo de expiar sobre sí mismo los crímenes de todos los pecadores. De aquí su fervoroso celo en predicar de penitencia, á imitacion de Jesucristo y sus verdaderos discípulos, acreditándola con su ejemplo. ¡Ciudades de Italia! yo os conjuro, presentaos aquí por un momento, y dadme testimonio de esta verdad. ¿Cuántas veces le visteis por vuestras calles y plazas con un crucifijo en las manos, anunciando el reino de Dios y una sincera penitencia? ¿Qué de frutos tan dignos de ella no le visteis recoger? Y tú, ¡ó templo de Porciúncula! en cuya capilla viste mas de una vez á Francisco pasar las noches enteras en fervorosa oracion á favor de los pecadores, tú me darás siempre un testimonio irrefragable de la extraordinaria y perpetua indulgencia que á beneficio de ellos se dignó Jesucristo concederle.

Ah! ¿cuándo volveréis vosotros, felices tiempos de la iglesia primitiva? En ellos recibir la doctrina de Jesucristo, y practicar austeridades para domar la carne, eran una cosa misma. Bastaba ser discípulos del Crucificado para ser penitentes. La severidad del Evangelio tenia entónces sus mártires, como la pureza de la fe. Mas en el día, ¡con qué dolor lo profiero! en el día la vida de los cristianos tiene mas analogía con las costumbres y excesos del paganismo, que con la austeridad propia del Evangelio. Los discípulos de un Dios Hombre, crucificado por su amor, ¿no imitan con frecuencia á los maestros del error y apóstoles de la sensualidad? Gloriándose un infinito número del nombre de cristianos, ¿no injurian á Jesucristo por medio de costumbres paganas? ¿No miran la penitencia y severidad del Evangelio como propia únicamente del desierto y de los claustros, que en el dictámen de nuestros filósofos nuevos solo contienen almas débiles, gentes ilusas, fanáticas y visionarias? ¡Ciegos misera-

bles, y guías de otros ciegos! ántes que rodeis á los piés del trono de Dios, sabed que ha revelado que todo el que no haga digna penitencia de sus culpas perecerá eterna é irremisiblemente.

Penetrado Francisco, aunque inocente, de este terrible oráculo, considerando lo que Jesucristo, la suma inocencia, habia practicado por el hombre, se retira al desierto á imitar su riguroso ayuno, y á reducir su cuerpo á servidumbre como otro Juan Bautista y otro Paulo. Para perfeccionar la crucifixion de sus pasiones se retira á un monte á meditar en la pasion de Jesucristo. ¡Ah, montes Calvario y Alverna, exclama aquí un célebre orador, qué grandes objetos de admiracion y de piedad no presentais á nuestra vista! Allí vemos á nuestro Salvador aplicado al suplicio ignominioso de la cruz, para expiar nuestros pecados y reconciliarnos con Dios; y aquí vemos á Francisco crucificado por ministerio de un serafin (para suplir el martirio que los bárbaros de Egipto le habian rehusado), perfeccionar su heroica caridad. La inobediencia criminal del primer hombre hizo correr la sangre de Jesucristo sobre el Calvario; la tierna é inefable misericordia de todo un Dios hace correr la de Francisco sobre el Alverna.

Yo bien sé lo que Baile y sus secuaces los libertinos han dicho acerca de este prodigio. Pero no es de mi instituto en el dia refutar sus delirios. Hablo á católicos, y como á tales digo, que ninguno deseó con mas ardor que Francisco la corona del martirio. Esta santa impaciencia le estimuló á dejar á Italia, surcar los mares, penetrar en la Siria, y predicar la religion católica con el crucifijo en las manos al sultan de Babilonia. Admirad, señores, el triunfo de su santidad. El celo de Francisco, que debia excitar (atendida su barbarie) el furor del sultan, solo sirvió de atraer su admiracion. Como cristiano debió ser arrestado, y solo experimentó benevolencias y caricias. La secta de Mahoma tratada de impía; los delirios del Alcoran representados á lo ridículo; la fe del Crucificado exaltada como única, todo parece exigia de parte de aquellos bárbaros una venganza pública; y Francisco recibe únicamente agasajos y distinciones. Sale de este imperio, donde su nombre ha sido siempre respetado. La Italia recibe á su nuevo apóstol, su profeta, su taumaturgo; y la soledad de Alverna le admira bien presto en comunicacion con su Dios, y será testigo fidedigno de su milagroso

martirio. Ella en efecto ve abrirse el cielo, y que un serafin, que lleva entre sus alas la imágen de Jesucristo crucificado, imprime sus llagas en Francisco.

¡O preciosa víctima de la cruz! El amor de Dios ha sido el artífice de estos gloriosos signos. La Italia toda vió á este serafin en carne mortal, en el cual se dignó retratarse Jesucristo con toda la sabiduría y severidad de su Evangelio: *vidi angelum habentem signum Dei vivi*. Esta víctima del amor se consume prontamente entre las llamas del fuego divino. Enfermo sobre la tierra, y en vísperas de ofrecerse en holocausto, me parece oigo á nuestro seráfico padre pronunciar con confianza estas palabras del Profeta: ¡Dios mio! todos los que vuestra justicia ha coronado me esperan. Si es necesario llevar la cruz y seguir á vuestro Hijo sobre el Calvario, yo os presento en mi carne sus gloriosas cicatrices. Vos, Señor, me habeis impreso estos signos: yo jamas he abandonado la sabiduría y severidad de vuestro Evangelio, y espero lleno de confianza la corona de justicia: los justos me esperan para que posea su misma gloria: *me expectant justi, donec retribuas mihi*. Al decir estas palabras dejó la tierra y voló al cielo.

Vosotros, carísimos hermanos, á quienes he tenido el honor de presentaros un diseño, aunque rudo y desaliñado, del mérito y gloria de nuestro padre san Francisco de Asís, este serafin llagado, que tuvo siempre grabado en su pecho el espíritu del Evangelio; atended, os ruego, á la piedra de donde habeis sido cortados. Si os gloriais de hijos de Abraham, sean de Abraham vuestras obras; es decir, si sois hijos de Francisco, para no ser comprendidos en la terrible maldicion que fulminó contra sus hijos que degenerasen de la regla, imitadle, para que por medio de la senda que os descubrió, del ejemplar que os propuso, y de la alta proteccion de la Providencia divina, que os dejó por patrimonio, vivais en espíritu de pobreza, de humildad y de penitencia, para honra y gloria de Dios, edificacion de los pueblos y bien de vuestras almas. Por esta via avanzaréis de claridad en claridad, y al fin participaréis de la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.